



Mientras industriosos y egregios espíritus, al resplandor del famosísimo Giotto y de sus seguidores, se esforzaban por dar muestra al mundo del valer que la benignidad de las estrellas y la proporcionada mezcla de los humores había dado a sus ingenios, y deseosos de imitar con la excelencia del arte la magnificencia de la naturaleza para alcanzar, en cuanto podían, aquel sumo conocimiento que muchos llaman sabiduría, se fatigaban universalmente, aunque en vano, el benignísimo rector del cielo volvió clemente los ojos a la tierra. Y vista la vana afinidad de tantas fatigas, los ardentísimos esfuerzos sin ningún fruto y la opinión presuntuosa de los hombres tan lejana de la verdad como las tinieblas de la luz, para sacarnos de tantos errores dispuso mandar a la tierra un espíritu que universalmente fuese hábil en cada una de las artes y en toda profesión. Que trabajase por sí solo en mostrar qué cosa es la perfección del arte del dibujo en delinear, contornear, dar sombra y luz, para que tuviesen relieve las co-

sas de la pintura, para obrar con recto juicio en la escultura y para lograr en la arquitectura que las habitaciones fuesen cómodas y seguras, sanas, alegres, proporcionadas y ricas de variados ornamentos.

Quiso también acompañarlo de la verdadera filosofía moral con el ornamento de la dulce poesía, a fin de que el mundo lo eligiese y admirase como singularísimo espejo suyo en la vida, en las obras, en la santidad de las costumbres y en todas las acciones humanas; y para que fuese por nosotros considerado como cosa más celeste que humana. . .

. . . Al dicho Luis Buonarotti. . . concedió el cielo un hijo, el domingo, sexto día del mes de marzo (1475), alrededor de las ocho de la noche, y al cual puso por nombre Miguel Angel. . .

Giorgio Vasari: *Vida de Miguel Angel* (1568)

